

## 2. NOTAS

# **Sobre los editores de revistas en el siglo XIX: Un prospecto de Benjamín Vicuña Mackenna en 1884**

ON MAGAZINE PUBLISHERS IN THE 19TH CENTURY:  
A PROSPECTUS OF BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA IN 1884

*Juan David Murillo Sandoval*  
Pontificia Universidad Católica de Chile  
jdmurillo@uc.cl

El deseo de crear y mantener revistas ha atravesado, como pocos, la vida cultural e intelectual de los países latinoamericanos. Desde que los experimentos republicanos comenzaron a mostrar una cierta estabilidad, no hubo elenco intelectual que no aspirara a contar con un órgano impreso propio, colectivo y periódico que le sirviese de tribuna para manifestar sus opiniones, difundir ideas y saberes e incidir, en general, sobre la trayectoria cultural y política de las jóvenes construcciones nacionales. Desde comienzos del siglo xx, las intenciones en torno a crear revistas acompañaron también a las primeras grandes empresas editoriales, que, replicando los usos dados a estas producciones en otras latitudes, leyeron bien su potencialidad como objeto de consumo masivo en una sociedad cada vez más mediatizada.

Con pocas excepciones, sin embargo, las revistas latinoamericanas fueron empresas efímeras. Se tratase de iniciativas letradas, científicas, vanguardistas, de combate, femeninas o feministas, las revistas debutaban

para desaparecer poco tiempo después. Entre las razones que afectaban su continuidad pueden contarse, según el caso, la ausencia de un público consumidor estable, los límites organizativos de los colectivos o individuos que las impulsaban y también, por supuesto, los contextos donde el autoritarismo cercenaba las dinámicas culturales. Aunque ciertos magazines vieron largas trayectorias, así como algunas producciones conexas con el quehacer de universidades y asociaciones, todo acercamiento a la historia de las revistas latinoamericanas muestra que una parte importante de estas apuestas, incluyendo varias de las más celebradas, tuvieron itinerarios pasajeros, cuestión que, sin desvalorizar sus objetivos, contenidos o impactos, documenta las difíciles circunstancias de su desenvolvimiento.

El documento que presentamos ahonda sobre algunas de estas vicisitudes. Escrito por Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886) y publicado como prospecto de la santiaguina revista *La Lectura* en junio de 1884, este puede leerse como un temprano balance sobre la trayectoria de las revistas chilenas en el siglo XIX, balance que bien puede proyectarse al espacio cultural continental, que para finales del siglo aún presentaba una cierta uniformidad en lo relativo a los grupos lectores realmente constituidos, la vitalidad del comercio librero, las tecnologías de imprenta y el peso del Estado en la producción impresa. En términos generales, el lector encontrará en este documento una mirada retrospectiva y diagnóstica de la vida de las revistas en Chile, lánguida a juicio del autor, pero también, y a renglón seguido, una suerte de receta para mejorarla.

La necesidad de contar con editores modernos, en el sentido intelectual pero también capitalista del término, aparece en el texto como solución primordial a los problemas que hasta entonces aquejaban el quehacer de las revistas. Al igual que otras figuras letradas de América Latina, Vicuña Mackenna entendía las revistas como construcciones civilizadoras, como producciones que podían ilustrar los progresos de un país, motivos que justificaban de sobra los esfuerzos por confeccionarlas y sostenerlas; pero estas precisaban, a su vez, de figuras intermediarias, de agentes que no solo apoyaran financieramente su publicación, sino que también reclutaran los escritores necesarios y les proveyeran, como no era costumbre, estímulos económicos por su trabajo. Para Vicuña Mackenna, el editor español Rafael Jover (1845-1895) encarnaba estos atributos.

Establecido en Santiago hacia 1874, este viejo representante de la casa Montaner y Simón de Barcelona había logrado dar cierta renovación

al espacio editorial chileno, asociándose, por ejemplo, con el núcleo historiográfico local, pero, en especial, con la figura del propio Vicuña Mackenna, a quien serviría como editor en las postrimerías de la guerra del Pacífico, coyuntura que dinamizó como pocas el mercado del libro de historia en el Chile del fin del siglo. Desde su Imprenta Cervantes, Jover ejerció también como editor de Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Federico Guzmán, José Joaquín Larraín Zañartu, Enrique Montt, Manuel H. Hurtado, entre otros, y lanzó de propia mano el estudio *La lectura y corrección de pruebas de imprenta* (1888), obra que se volverá de uso común en los talleres de imprenta locales. Poco antes de lanzar el semanario *La Lectura*, Jover había logrado inclusive estructurar una red de agentes en distintas provincias del país, gracias a los cuales podía recibir suscripciones desde fuera del eje Santiago-Valparaíso y, por consiguiente, ensanchar la geografía de circulación y consumo de sus obras.

Consciente de este itinerario, y parte además del mismo, Vicuña Mackenna reconocía en Jover las cualidades necesarias para conducir un nuevo proyecto de revista letrada. Sin duda, *La Lectura* buscó satisfacer los viejos ideales que reclamaban la presencia de un órgano de exposición y visibilidad para las élites intelectuales, pero al mismo tiempo se publicitó como un medio sofisticado, nutrido de “grabados al boj”<sup>1</sup> y abierto a distintos frentes temáticos, calidad que subrayaba bien su subtítulo de *Semanario familiar, de literatura, ciencias, artes, viajes, conocimientos útiles, etc. etc.* Con todo, y para pena tanto del editor como de sus colaboradores, *La Lectura* fue otro efímero proyecto dentro del mundo impreso chileno. Los dos tomos que se resguardan en la Biblioteca Nacional de Chile reportan setenta y seis números publicados entre junio de 1884 y diciembre de 1885, una cifra no desdeñable dada la calidad de la publicación, pero que refleja los límites todavía existentes para emprender iniciativas revisteriles de larga duración.

El documento que se transcribe, respetando su ortografía y organización original, expone, de cualquier modo, la enorme valoración del formato revista para los letrados latinoamericanos, así como su consciencia de precisar, para finales del siglo XIX, voluntades renovadoras dentro del plano librero-editorial que pudieran garantizarles la calidad y buen rumbo de los proyectos que concebían y que, como anotaba el mismo Vicuña

<sup>1</sup> Popularizada en el siglo XIX por su economía y calidad, esta técnica de reproducción de imágenes se basaba en el uso de la madera de boj tallada a contrafibra.

Mackenna, buscaban “dar vida propia y holgada a la literatura nacional”. El documento se plantea, en fin, como una fuente valiosa para estudiar las tempranas alineaciones que se establecen entre escritores, editores y revistas, alineaciones que han atravesado hasta hoy el trabajo intelectual en sus más múltiples formas.

## El ideal de un editor de revistas<sup>2</sup>

(LO QUE PUEDE I DEBE HACERSE PARA DAR VIDA PROPIA I HOLGADA A  
LA LITERATURA NACIONAL)

*Benjamín Vicuña Mackenna*

I.

La nación chilena como raza, como stirpe i como habitadora de un remoto rincón de la tierra, es en general silenciosa. Fórmanla principalmente, en la alta esfera, una sociedad taciturna, hija de la conquista, de los desiertos, de los terremotos del fanatismo religioso, de la guerra, de los despotismos, i abajo, un pueblo crecido al yugo del trabajo campestre, casi selvático, y, por lo mismo, sombrío i callado.

El pueblo de Chile habla poco, lee menos, si bien trabaja i produce, i de esto su fuerza. Provenientes de taimados vizcaínos, sus clases dominantes no parecen pertenecer a la locuaz y alegre patria que alumbra el sol de Valencia i de Andalucía, sino a aquellas tribus silenciosas pero dominadoras que inventaron el conocido proverbio árabe que “si la palabra es plata, el silencio es oro”.

De aquí el poco expendio que el tráfico de la palabra escrita encuentra en nuestro país. Son poquísimos, tomando el tanto por ciento de la población, los que leen, e infinitamente menor es el número de los que hacen por leer diverso sacrificio que el de sus ojos i el de una vela.

<sup>2</sup> Texto publicado en *La Lectura*, N<sup>o</sup> 1, tomo 1, junio de 1884, pp. 1-3.

## II.

De aquí es que con dos o tres excepciones (talvez una va de más) todos los grandes diarios languidecen i todas las revistas científicas i literarias siguen la suerte de los párvulos en este sano clima, es decir, mueren en la lactancia.

Un amigo nuestro ha hecho la estadística prolija de varias manzanas centrales de la capital en las cuales, contando cada una diez o doce casas fuertes, de ladrillo i de gente acomodada, no sería posible reunir libros suficientes para ocupar la tabla superior de un armario de regular tamaño.

Otro detalle significativo. Las compañías de seguros urbanos aseguran en Santiago muebles, alacenas, sofás, ollas de cocina, pero no aseguran libros porque o no los hay o no vale la pena de preguntar por ellos...

## III.

Verdad es que un diario noticioso de la tarde ha publicado hace pocos días un cuadro estadístico i consolador, del cual resulta, que sin contar a Valparaíso ni a Santiago, mantiene la república 64 diarios i periódicos desde Ancud a Tacna. Pero esos periódicos, que viven como la chirca de nuestros ríos con el agua en su tallo o en su corola, sólo alientan el hábito de la existencia al abrigo del conservador comercio, del conservador de bienes raíces o del conservador de minas; es decir, viven del aviso legal, que es sólo rutina i negocio; pero no viven de la difusión intelectual que es propaganda i es rescate. Revelación curiosa! Muchos de los periódicos semanales de provincia tienen por editores, por dueños i por redactores, todo a un tiempo, a los escribanos respectivos...

## IV.

Pero quiere todo esto decir, por ventura, que en un país como Chile que cuenta 40 millones de renta, cuyos millones como el agua de los riegos, distribúyense más o menos por mitad en todos sus domicilios, ¿no encontraría campo de acción i de vida una revista literaria, una sólo, cuando en pueblos con igual población como nuestra vecina de los Andes circulan juntas veinte o treinta sin contar otros tantos grandes diarios?

He aquí lo que nosotros ni con todo nuestro escepticismo (que en cosas de letras es insondable) podemos imaginar para honra de nuestro país.

I por fortuna, la experiencia ajena i aun la estadística bibliográfica viene en auxilio de nuestra creencia i de nuestra esperanza, porque desde el *Duende* i desde el *Argos de Chile* que en 1818, inmediatamente después de la emancipación de Maipo, fundaron Irisarri i García del río en Santiago, hasta el *Mercurio de Chile* que echó a luz en 1822 Camilo Henríquez, i la *Abeja Chilena* que tres años más tarde (1825) vació en la colmena don Juan Egaña, déjose de ver claramente que aun en época de tanta pobreza, cuando el gobierno ponía avisos solicitando empréstitos de 30 mil pesos para vestir el ejército (histórico), encontraron esas publicaciones benévola i casi amplia acogida en el público.

I otro tanto aconteció, aun en mayor escala, cuando por ese mismo tiempo don José Joaquín de Mora fundó la revista titulada el *Mercurio Chileno* en compañía del distinguido médico español Passamán y del botánico alemán Bertero, tan notable como infortunado.

## V.

Vio la luz pública el *Mercurio Chileno* el 1° de abril de 1826, i desde entonces, trabajado el país por las agitaciones internas de su organización, sobrevino un largo interregno que sólo dieziséis años más tarde hizo cesar el eminente editor Rivadeneira encomendando a García del Río, ya viejo i empobrecido, la publicación del *Museo de Ambas Américas*, que durante dos años se sostuvo en Valparaíso con brillo i con provecho.

Rivadeneira, que era un tipógrafo eximio (pues trabajaba personalmente en las cajas) i además un editor de extraordinaria sagacidad industrial, comprendió, que su diario, el *Mercurio*, necesitaba, como de un auxiliar benéfico, de una revista seria; i así, mientras pagaba dos onzas oro por cada artículo de risa al espiritual Jotabeche, recompensaba generosamente a los colaboradores literarios de su publicación mensual.

Mediante este hábil sistema de partida doble, ganó el entendido industrial español la saneada fortuna que sacó en cuatro o cinco años de Chile i que después fue a convertir en millones en su patria, prosiguiendo la faena aquí comenzada. –Sabido es que Rivadeneira hizo vivir durante 20 años a centenares de escritores españoles, en la Península, adquiriendo él mismo una fortuna de príncipe.

## VI.

El lector perspicaz no habrá podido menos de notar, sin embargo, que en la rápida enumeración que hacemos de las revistas antiguas de Chile, concurren circunstancias excepcionales que después de gran manera han desaparecido.

En primer lugar, todas ellas han nacido al amparo del prestigio i del asiduo trabajo personal de escritores ilustres: Henríquez, Irisarri, García del Río, Mora, Bello, Egaña, etc.

En segundo lugar, de una manera u otra, el pueblo lector o el empresario de la publicación remuneraban con mucho o con poco (que es siempre algo más que nada) el trabajo de sus cooperadores.

En tercer lugar, i refiriéndonos especialmente a la última revista nombrada, que es el caso i el parangón que con más ahínco perseguimos, tuvo ésta un editor inteligente, activo, tenaz, propagandista, sumamente laborioso i no corto para retribuir la labor ajena.

¿I cómo, si esto tuvo lugar i logróse hace cuarenta años, en medio de la noble oscuridad de la pobreza i de la ignorancia, hoy que el país ha centuplicado sus fuerzas, no habría atmósfera suficiente para hacer vivir largos años una revista que diera forma i compajinación a la vida literaria de la sociedad i especialmente de la juventud esparcida i diseminada hoi como semilla estéril de infinitos surcos que la vanidad va abriendo para cosechar abrojos?

## VII.

Indudablemente que esa hora ha llegado, i es lo que un editor de la misma nacionalidad que don José Rivadeneira i de sus mismas distinguidas dotes personales, va a ensayar con confianza, pero al propio tiempo con cautela i sondeando su estela, -“al paso que dure,” como dicen los cavilosos chilenos.

I nosotros no hemos vacilado en alentarle en su faena, enviando nuestro grano temprano a la troj, porque abrigamos la convicción de que aun las revistas contemporáneas que desde el *Crepúsculo* i del *Semanario de Santiago* (1842-43) hemos visto sucederse hasta la *Revista de Santiago* (1848-51) i al *Museo* de 1853, i la *Estrella de Chile* de hace poco, todas hubieran encontrado durable aceptación si no hubieran carecido por

completo de estas dos condiciones esencialísimas –1.º Un editor inteligente i perseverante; i 2.º cierto estímulo material, por mediocre i aun mínimo que este hubiese sido, brindado a la lejión brillante pero poco consistente i jeneralmente pobre que en Chile revolotea, como las palomas de Venecia, en torno a las prensas. Si don Andrés Bello, que cooperó con noble desinterés a todas esas tempranas elucubraciones del espíritu, no hubiese escrito por orden superior el Código Civil, se habría muerto de hambre, como las palomas de San Marcos sin las limosnas de los viajeros.

Como Defoe, los revisteros de Chile han vivido más cerca de la cárcel i del pilorí que de la opulencia. Francisco Bilbao que mató a *El Crepúsculo* con una plumada, es decir, con lo que entonces se llamaba una herejía, fue buen ejemplo de ello.

#### VIII.

Un mal diverso pero escondido que reconocemos a las revistas difuntas de Chile, incluso a la que falleció de inanición i antitipografía el año último, es la *protección* raquítica e intermitente que se llama la suscripción oficial de los gobiernos. Porque en tales casos, los empresarios no persiguen sino el pago mensual de su cuota i descuidan todo lo demás, sin exceptuar la más trivial corrección de pruebas, i no pocas veces la más trivial independencia, esta atmósfera oxijinada del espíritu.

#### IX.

Defecto orgánico también, que, como la palomilla de nuestros campos, ha roído la existencia de las revistas, fue también entre nosotros, (permítasenos decirlo con toda franqueza) el personalismo. Porque apoderándose un individuo, o un círculo, de ese orden de publicaciones de carácter libre i universal, extravíanlas poco a poco de su senda natural, que es el contrato amplio con el público que lee i el público que escribe.

De esta disconformidad de cuna, o si se quiere de sepultura, adolecieron muchas revistas de corta vida entre nosotros por más que tuvieron en su apoyo brillantes adalides, como *La Semana* (1859) de los dos malogrados hermanos Arteaga Alamparte, el *Correo del Domingo* (1863) del concienzudo señor Barros Arana, i la *Revista de Valparaíso* que en un solo i delgado volumen alcanzó a dar a luz en el vecino puerto la distinguida poetisa señora Orrego de Chacón.

Más larga existencia alcanzara, por una razón contraria, la *Revista del Pacífico*, rejentada en la última ciudad, como la *Revista de Sud-América*, i por último la más próspera de todas que en tres años (1875-78) logró entregar a la publicidad diez gruesos i bien nutridos volúmenes, la *Revista Chilena*.

#### X.

No debería tampoco, a juicio nuestro, ni por elevado que fuera el temple de una revista destinada a nuestro país novel, ser exclusiva en su propósito, su acción i en sus hombres, sino tan cosmopolita como es el variado mundo entre cuyas manos va a correr.

Así, por ejemplo, en 1857 apareció revestida de la autoridad de grandes promesas i de hombres eminentes, una publicación mensual con el título de *Revista de Ciencias i Letras* en la que descendieron a la arena engarzados por el brazo los señores Domeyko i Philippi, Courcelles i Moesta. El mérito del trabajo no podía ser más relevante. ¿Pero cuánto duró la recién nacida ahogada en brazos del escasísimo público científico que asistió a su bautizo?

#### XI.

Fuerte con la experiencia recojida, i de la cual estas lijerísimas apuntaciones son simples etapas en el papel, el editor de la revista que hoi se estrena con el modesto pero apropiado título de *La Lectura* se propone llegar lejos, i de seguro llegará.

El señor Jover tiene fe, tiene constancia, tiene sobre todo intelijencia para compartir su trabajo i sus proventos con los que le ayudan, i ha sido por esto el único editor de obras, después de Rivadeneira, que remunerando moderada o espléndidamente, según los casos, los nombres i los provechos, a los auxiliares de una empresa común, ha logrado al fin asimilarse a sus propios cooperadores i tener un público amplio i fiel, si bien modesto, con el que cuenta con plena seguridad.

Las obras que edita el empresario de *La Lectura* no han sido hasta hoi el solaz favorito de los centros opulentos que fueron enseñados a leer en el Misal o en el Astete; i ya hemos dicho que en jeneral esa clase social, así como la de los campos, por una razón opuesta pero converjente, lee poco i menos paga por leer.

Pero de lo que el editor de *La Lectura* debe estar persuadido es de que sus hojas, bien compajinadas, penetrarán como otros tantos rayos de luz en el domicilio de las clases medias, en el taller del obrero, en el fondo mismo de la tenebrosa mina en que el operario del progreso i del engrandecimiento de Chile mora i trabaja. ¿No se ha dicho que la Historia de Chile, por el padre Rosales, tuvo mayor número de suscritores en Carrizal que en Santiago?

## XII.

Persevere en su camino ya comenzado el infatigable editor de Miguel Luis Amunátegui i de Diego Barros Arana, de Lastarria i de Santa María; sustente la prensa; i viviendo de ella como el sacerdote del altar i el hacendado de la era, forme compañía de faena i de cosecha con los innumerables jóvenes escritores que hoy se ajitan en el vacío o, como los chonchones de los cardos, flotan en efímeros papeluchos de verano, que el viento dispersa en los eriales... I entonces habrá dado vida propia a la literatura nacional, i creado la verdadera propaganda intelectual que, en el presente siglo, ejercitan, a manera de antorchas, todas las revistas de la civilización.